

asistian á esta escena, movido por la gracia, confesó á Jesucristo, fué asociado á los otros en la gloria del martirio, ocupó el lugar del que habia apostatado, consiguió su corona, y el número de los *cuarenta coronados* fué completo.

Pero lo que realzó el esplendor de este bello triunfo, tan digno de la admiracion del cielo y de la tierra, fué la presencia de una mujer, la madre de Meliton, el más jóven de estos cuarenta confesores de la fe, y que, miéntras el verdugo quebrantaba las piernas y atormentaba á su hijo, le decia: «Hijo mio, sufre unos instantes más y serás vencedor. ¿No ves allí al mismo Jesucristo, que viene á tu encuentro, abriéndote las puertas del cielo, y esperando recibirte en sus brazos?» (1). ¡Oh mujer admirable! ¡Oh mujer heroical! Fácilmente se concibe cuánto debió exaltar el valor de esta madre, que exhortaba así á su hijo en sus dolores, y que sufría con tanta firmeza el destrozo del cuerpo de un objeto tan querido, á los otros hombres que la oían, los cuales debieron una parte de su triunfo al heroismo de esta mujer! No se termina aquí el santo entusiasmo de la fe de esta alma sublime. Habiendo sobrevivido tan sólo su hijo á los horribles tormentos que acababan de quitar la vida á sus compañeros, amontonando los verdugos en unos carros los cuerpos de los otros mártires para llevarlos al lugar donde debian ser quemados, habian echado á un lado al pequeño Meliton con la intencion de reducirlo despues al culto de los ídolos. «¡Compasion cruel, exclama su heroica madre; compasion cruel, la de dejar vivo á mi hijo para hacer de él un apóstata! ¡Ah! No lo será por cierto, no faltará su corona.» Y cargando sobre sus hombros á su hijo, que, con las piernas quebradas, no podia andar, corrió á toda prisa tras de los carros que llevaban los santos restos de los mártires, para poner en ellos á su hijo, y mandarlo á quemar, vivo todavía, con los cuerpos de los muertos. En el tránsito espira el hijo en los brazos de su madre. Mas no importa; no por eso deja de correr la santa madre; no por eso deja de echar ella misma el cadáver amado de su hijo en la hoguera que consumia ya los preciosos cadáveres de sus compañeros. «¡Ah, decia ella, mi hijo ha participado de la fe y de la virtud

(1) «Quem cum præsens mater ejus, fractis cruribus, adhuc viventem vidisset, sic exhortata est: Fili, paulisper sustine. Ecce Christus ad januas stat, adjuvans te.» (*Brev. Rom.*)

de sus compañeros, y debe participar tambien de sus funerales! Ellos han combatido en un mismo campo de batalla, y deben llegar al cielo por el mismo camino» (1).

§ XVII, 1.º.—La misma condicion de esclavo produce nobles vírgenes, agradables á Dios por el martirio.—Gloria de la confesion de la jóven esclava Santa Blandina.—Santa Potamiana, tambien virgen esclava, pide y obtiene que se aumenten sus tormentos en vez de exponerla desnuda en presencia del pueblo.

San Pablo dice que entre los cristianos no hay diferencias de señor y de esclavo, sino que en Jesucristo todos los cristianos son iguales y son una misma cosa á los ojos de Dios. Pues bien, para darnos el Hijo de Dios una prueba sensible de la verdad de esta consoladora doctrina, que vino á enseñar á los hombres, se dignó admitir al honor de su confesion lo mismo á los esclavos que á las personas libres segun las leyes humanas; y quiso que todas las condiciones sociales produjesen mártires. Él hizo aún más con respecto á las mujeres en particular: Él hizo de la mujer cristiana esclava su esposa y su mártir, y manifestó que el mérito y la gloria de la virgen mártir salida de la última clase, de la clase de los esclavos, no son ménos grandes á sus ojos que el mérito y la gloria de la virgen mártir salida de las primeras clases de la sociedad, ni son ménos dignas de la imitacion de los fieles y de los homenajes de la Iglesia. Ya hemos visto la gloria que coronó el martirio de la viuda esclava Santa Felicitas; ahora vamos á ver el martirio, más glorioso aún; de dos santas vírgenes esclavas.

Bajo el reinado de Marco Aurelio, tan amado de nuestros incrédulos, aún despues de haber sido testigo él mismo del gran prodi-

(1) «Cum vero reliquorum corpora plaustris imponi cerneret ut in rogam inferrentur, ac filium suum relinqui, quod speraret impia turba, si vixisset, ad idolorum cultum revocari posse, ipso in humeros sublato, sancta mater vehicula martyrum corporibus onusta, strenue prosequabatur. In cujus amplexu Melithom spiritum Deo reddidit; ejusque corpus in eundem illum cæterorum martyrum rogam pia mater injecit: ut, qui fide et virtute conjunctissimi fuerant, funeris etiam societate copulatis, una in cælum pervenirent.» *Breviario Romano.*)

gio que sus soldados cristianos habian conseguido con sus oraciones, y que habia salvado el ejército imperial, pronto á perecer, la persecucion contra los cristianos no fué ménos violenta, especialmente en las Gaulas. De esto conservamos un bello y magnífico documento en la carta escrita en griego por los que fueron testigos oculares, con este hermoso título: «Los siervos de Jesucristo residentes en Viena y en Lion, en las Gaulas, á sus hermanos de Asia y de Frigia que tienen la misma fe y la misma esperanza: paz, gracia y gloria por Jesucristo, nuestro Señor.» Eusebio nos ha conservado esta admirable carta (lib. v), ó este precioso relato de la pasion de un número inménso de mártires, por quienes la Gaula cristiana apareció por primera vez coronada de esplendor en la historia de la Iglesia. Para no salir de nuestro asunto, vamos á extraer de ella las particularidades relativas á las mujeres, cuya sabiduria, cuyo valor y cuya fortaleza forma la parte más brillante del triunfo que en el suelo de Francia alcanzó entónces la fe cristiana sobre la barbarie de la supersticion pagana.

«Dios, dicen los firmantes de esta carta, testimonio brillante de una gran fe y expresion resignada de un gran dolor, Dios nos ha juzgado dignos de exponernos á todos los horrores, á todos los oprobios, á los gritos, á la expoliacion de nuestros bienes, á la lapidacion, á la cautividad y, en fin, á todo aquello que puede inspirar el furor y la rabia de los verdugos. Las personas de más alta dignidad de Lion y de Viena han sido puestas en prisiones. Tambien han preso á nuestros esclavos para obligarlos á que declaren contra nosotros. El pueblo y los soldados nos han perseguido con igual furor. Se han encarnizado principalmente contra el diácono Santo, contra el neófito Baturó, contra el diácono Atalo, columna de esta cristiandad, y contra *Blandina*, *jóven esclava* de uno de nosotros, *por quien Jesucristo ha hecho conocer cómo sabe glorificar ante Dios lo que parece vil y despreciable á los ojos de los hombres*. Su señora, que pertenece al número de los mártires, y todos nosotros con ella, temiamos que esta jóven, frágil de cuerpo, no tuviese valor ni aun para llamarse cristiana; pero sucedió lo contrario, y nosotros fuimos testigos de ello. Ella causó la desesperación de todos los verdugos, que, uno despues de otro, desde la mañana hasta la noche, la hicieron sufrir toda clase de tormentos. No sabiendo ya qué hacerle para abatirla, se confesaron vencidos, y quedaron atónitos al verla

con el cuerpo dislocado y cubierto de profundas heridas, y respirando todavía. «Uno solo de los tormentos, decian ellos, que le hemos hecho sufrir debia haberle dado muerte; y despues de haber sufrido tantos y tan atroces, ¡todavía está viva!» Esto consistia en que, semejante á un generoso atleta, esta bienaventurada esclava parecia que recibia mayor valor y fuerzas nuevas en la confesion del nombre cristiano. «Yo soy cristiana, repétia ella continuamente, y ningun mal se hace entre nosotros.»—Estas palabras parece que le hacian insensible á los dolores, y áun ella misma parece que encontraba un consuelo y una calma al pronunciarlas (1).

»Biblis, una de aquellas que habian apostatado, fué puesta en tormento para hacerla confesar los crímenes horribles que se atribuian á los cristianos. Este tormento la despertó como de un profundo sueño. Estos dolores pasajeros le recordaron las penas eternas del infierno, y le hicieron volver en sí. No sólo se confesó cristiana, sino que emprendió con valor la defensa del Cristianismo. «¿Cómo habiamos nosotros de comer niños, decia ella, cuando ni áun siquiera nos es permitido comer la sangre de los animales?» Y esta confesion le hizo adquirir la gloria de ser contada en el número de los mártires. En cuanto á Blandina, despues de haberla hecho sufrir tanto, la encerraron en una prision con los otros confesores; le hicieron sufrir el tormento, y finalmente, la sacaron de la prision para exponerla á las fieras en el anfiteatro. Como era esclava, la ataron á un madero, porque de este modo se exponia á los esclavos. Pero como estaba atada al madero en forma de cruz, y oraba con mucho fervor, llenaba de valor á los demas mártires, que creian ver en su compañera una imagen de Aquel que habia sido crucificado por ellos, para enseñarles que todo el que padezca en este mundo por su gloria gozará en el cielo de la vida eterna con su eterno Padre. Muchos de los que habian renegado de Jesucristo, viendo en la persona de Blandina á una jóven pobre y débil triunfar tantas veces del infierno, y salir al encuentro á la muerte con tanto valor, creyeron en la fuerza invencible que da Jesucristo á los que perma-

(1) «Verum illa beata, instar generosi eujusdam adletæ, in ipsa confessione vires atque animos resumebat, eratque ei refectio et quies sensumque omnem præsentis doloris adimebat prolatio horum verborum: Christiana sum; nihil abud nos mali geritur.»

necen fieles á Él, se declararon cristianos, y fueron puestos, por consiguiente, en el número de los mártires. Entre tanto, no habiendo tocado ninguna fiera á Blandina, la desataron y la volvieron á la prision en compañía de un jóven de quince años, llamado Póntico, con el objeto de sacarlos al circo el último dia de los gladiadores. Los habian hecho asistir al suplicio de todos los otros para aterrarlos, y los habian guardado para las últimas víctimas, con la esperanza de poder triunfar de la edad del uno y del sexo de la otra, y hacerlos jurar por los ídolos. Pero su esperanza fué vana. Póntico estaba sostenido y animado por Blandina, y entregó su espíritu en medio de los más atroces tormentos. La bienaventurada Blandina quedó la última, como una madre generosa que, despues de haber enviado delante á sus hijos victoriosos, á quienes ha animado al combate, se da prisa para juntarse con ellos. Ella entra en la arena con la misma alegría que si fuese á un festin de bodas. La azotan de nuevo, la encierran en una red, y la exponen ante un toro bravo, que la da muchas embestidas sin tocar nunca á ella. La hacen sentar sobre una caja de hierro ardiendo; pero ella no parece que siente nada de cuanto le hacen, fuerte con la esperanza de lo que ella cree, y absorta en los coloquios que tiene con Jesucristo. Finalmente, es degollada, y los paganos mismos confiesan que jamas habian visto á una mujer sufrir tanto ni con tanta firmeza ni tanta paz. En esta misma confesion fueron coronados otros muchos mártires ilustres; habia entre ellos sacerdotes y diáconos, habia entre ellos nobles y sabios, y entre ellos estaba tambien San Fotino, obispo de Lion; todos ellos sufrieron el martirio con un valor que llenó de admiracion al pueblo infiel. Pero la palma de la victoria entre tantos ilustres vencedores, segun el testimonio de los paganos mismos, perteneció á Blandina, porque, siendo esclava, confesó á Jesucristo con más libertad que los hombres libres, y siendo mujer, sirvió de fortaleza y de sosten á los hombres con el ejemplo de su constancia y la fuerza de sus palabras.»

Ved aquí otro bello ejemplo de una mujer esclava, que manifestó en su confesion toda la dignidad y toda la grandeza *de la libertad de los hijos de Dios*, y cuyo martirio fué un verdadero apostolado. Esta fué Santa Potamiana, jóven esclava de una rara belleza, á quien su propio señor, furioso por no haber podido hacer que sucumbiese á sus impuros deseos, acusó como cristiana ante Aquila,

prefecto de Egipto, obligando á este magistrado, con una gran suma de dinero que le prometió, á obtener que Potamiana accediese á su brutal pasion, ó hacer que pereziese con una muerte afrentosa si perseveraba *en su obstinacion*. En esta virtud la hacen sufrir muchos tormentos, la amenazan de hacerla deshonorar violentamente por los gladiadores; pero la noble jóven esclava responde siempre: «Yo soy cristiana, y con el auxilio de Dios, todas las amenazas y todos los tormentos del mundo no me harán renunciar á mi fe ni á mi virginidad.—Accede á los deseos de tu señor, le dice el prefecto; de lo contrario, te haré quemar viva.» Y Potamiana responde: «Yo no puedo creer que haya un juez tan injusto, que me condene porque no quiero consentir en mi deshonor.» Ponen al fuego una gran caldera llena de pez, y cuando empieza á hervir mandan que la jóven se desnude en público y sea echada en la caldera. Mas esta horrible sentencia no la intimida; lo más cruel que encuentra en ella no es la pez hirviendo que va á quemar sus carnes, sino la desnudez que va á exponerlas á las miradas insolentes de las turbas. Así, pues, sin inquietarse por la atrocidad de su muerte, sólo pide gracia para su pudor. «Por la vida del Emperador te conjuro, dijo ella al prefecto, que no me presentes desnuda á los ojos del pueblo. Si quieres mis vestidos, que me los vayan quitando poco á poco segun vaya entrando en la caldera, y verás cuánta fuerza de paciencia me ha dado Jesucristo, á quien tú no conoces ni quieres conocer.» ¡Gran Dios! ¡Qué presencia de espíritu, qué celo por su pudor, qué fe, qué valor en esta jóven en presencia de una muerte tan espantosa! No siendo esta gracia más que una prolongacion del martirio, se la concedió el tirano. Pero se indemnizó de este acto de horrible compasion con un rasgo de la más refinada crueldad. Él hizo buscar á la madre de la mártir, llamada Marcela, que era cristiana, y la condenó á ser quemada tambien con Potamiana. Él quiso redoblar el suplicio de la madre y de la hija haciéndolas morir una á vista de otra; pero con este horrible medio sólo consiguió aumentar su gozo y su fortaleza. Ademas de su propio dolor, sufría cada una de ellas el dolor de la otra, y sin embargo, estaban contentas la una de la otra, alegrándose tanto la madre de tener una mártir por hija, como la hija de tener una mártir por madre, y regocijándose las dos de sufrir una misma muerte, que las iba á unir para siempre en el cielo. Uno de los guardias, llamado Basílides, fué encargado de la

ejecucion de Potamiana. Movido este soldado por la belleza de su víctima, que realzaban á sus ojos un valor sobrenatural y una gracia celestial, concibió una estimacion grande de ella; él la defendió de los insultos del populacho, él tuvo con ella las mayores consideraciones, él la introdujo en la caldera de pez ardiendo poco á poco y con todas las precauciones que ella habia reclamado para su pudor, él la tocaba con respeto como á una cosa sagrada, él temblaba de espanto y lloraba de compasion. Movida tambien Potamiana al ver tanta dulzura y tanta honestidad en un hombre semejante, no pensando en este momento supremo en su horrible suplicio, sólo se ocupaba en la salvacion de su verdugo. «Ten ánimo, Basíldes, le dijo: yo te prometo que en llegando al paraíso me acordaré de tí, que pediré gracia por tí al Señor, y que tú experimentarás los efectos de mi reconocimiento.» Ella le habló, y las oraciones de los mártires son muy eficaces. Tres horas despues se declaró Basíldes públicamente cristiano, y fué puesto en prision. Los fieles iban á visitarle, y él les decia: «Dadme pronto el sello del Señor (el bautismo), porque Potamiana se me ha aparecido de noche y me ha puesto una corona en la cabeza diciéndome: —Yo he alcanzado del Señor la gracia que le pedí para tí, y vas á ser recibido en la gloria.» Lo bautizan en efecto, y habiendo sido degollado al dia siguiente por orden del prefecto, fué á unirse en el cielo á su poderosa intercesora.

Basíldes no fué la única conversion que Potamiana hizo á la fe de su celestial Esposo al morir por Él. Otros muchos, movidos por el espectáculo de un sacrificio tan heroico y tan puro, ó atraídos por ella, que se les apareció entre sueños, se convirtieron y la siguieron en el camino del martirio. (Euseb., *Histor.*, lib. VII, c. v.) ¿Dónde se encontrarán, fuera de la historia de la Iglesia, unos hechos más patéticos, más honrosos para la humanidad, más gloriosos para la religion, y en los que la mujer aparezca más grande?

§ XVII, 2.º—Por qué ha querido Dios que la mujer penitente confiese á Jesucristo con el mismo mérito y la misma gloria que la mujer inocente.—Magnificencia del martirio de Santa Afra, ántes pagana y prostituta, y convertida por San Narciso al Cristianismo y á la santidad.—Ella convirtió á su madre, que habia sido su maestra, como tambien á las jóvenes que habian sido sus compañeras de libertinaje.—Admirable sabiduría y humildad de su lengüete al tirano.—Gloria de su martirio, de la que participó su madre y sus compañeras.—Su admirable plegaria ántes de espirar.—Su muerte preciosa, comparada con la muerte de los pretendidos héroes del paganismo.

No sólo todas las edades y todas las condiciones, sino tambien todos los estados del alma, han suministrado magníficos ejemplos de la grandeza de la mujer católica confesando á Jesucristo. Para que no se creyese que la gloria del martirio era la herencia exclusiva de una vida siempre pura, y la lubricidad arrepentida no desesperase de participar de la misma gloria, dispuso Dios que la confesion de la fe saliese de los labios de los verdaderos penitentes tan pura, tan bella y tan agradable á sus ojos como la que salia de los labios de las personas que jamas habian contraído la mancha del pecado. Cuando se ha tratado del acto supremo de confesar á Jesucristo, de sacrificarle la vida y de tributarle este homenaje, él más grande y el más perfecto que la miseria del hombre puede tributar á la majestad de Dios en presencia de los tormentos y de la muerte, la mujer penitente se ha expresado con la misma firmeza y con la misma constancia que la mujer inocente. Las dos han sido lo que debian ser: admirables y sublimes; las dos han revelado un fondo de sabiduría puramente divina, que la sabiduría puramente humana, léjos de haber podido conseguir, jamas lo ha logrado; las dos han dado á conocer ese tacto exquisito, esos pensamientos tan justos, esos sentimientos tan nobles, ese lenguaje tan elevado, que la gracia del Cristianismo inspira al alma que ella ha penetrado. Oigamos, pues, por todas las mujeres penitentes mártires, á Santa Afra, en otro tiempo rica señora, aunque descarada prostituta, despues gloriosa mártir, bajo el imperio de Diocleciano, en la ciudad de Augusta, en la Retia (hoy Augsburgo, en Baviera). Su lenguaje, no por ser el lenguaje de la más profunda humildad, deja de ser el lenguaje de la confianza y del amor. En él se ven